

Seix Barral Biblioteca Breve



Isaac Rosa
La mano invisible



Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre 2011

© Isaac Rosa, 2011

Derechos exclusivos de edición
en español reservados
para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

ISBN: 978-84-322-0933-8

Depósito legal: M. 25.490 - 2011

Impreso en España

Talleres Dédalo Offset, S. L., Madrid

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre, al llegar, tiene un impulso de saludar. No un saludo teatral, de pararse, juntar los pies y doblar medio cuerpo con una reverencia, aunque el lugar invite a eso o incluso a algo más circense, dar una carrerita de impulso y encadenar varias volteretas con un salto final. Se conformaría con levantar la mano y agitarla en varias direcciones, quizás sonreír, pero no lo hace, qué ridículo. Entra desde la puerta del fondo y recorre treinta metros hasta alcanzar la zona donde están colocados los materiales y herramientas. Aunque ya es su segunda semana, todavía se pone un poco nervioso al llegar. Camina sin naturalidad, con paso ligero, mirando al suelo, las manos en los bolsillos, calculando sus gestos como si se viera desde fuera, qué efecto provocará su andar tímido, mete barriga, levanta un poco la barbilla, le habrán visto o todavía no. Incluso en sus primeros movimientos, al colocarse el casco o coger el cepillo, lo hace con cuidado, evitando hacer ruido, como si así ganase unos minutos de soledad antes de que le vean. Mientras barre los restos del día anterior, la arenilla y las lascas de ladrillo que quedaron por el suelo, mira con disimulo, arrugando los ojos por el deslumbramiento. Con los focos de frente no puede distinguir nada, una espesura gris y brillante tras los reflectores, pero sabe que hay alguien por los murmullos, las

tosos, una risa que quiere creer no la ha provocado su llegada. No debe de haber muchos, es temprano, la gente a estas horas está a otra cosa. En fin, vamos a ello, murmura entre dientes, y se coloca los guantes y el casco. No los necesita, no los quiere, los guantes le dan calor y picor, y nunca le ha importado llenarse los dedos de cemento. En cuanto al casco, para qué, preguntó en la entrevista inicial, si no va a subirse a ninguna altura ni hay por arriba nada que pueda caerle en la cabeza, pero le insistieron en que debía ponérselo todo, el casco, los guantes, el mono que recibió limpio y planchado, el chaleco reflectante de seguridad. Aunque ha usado prendas así durante años, éstas le resultan extrañas, sin que nada las haga diferentes ni especiales respecto a otras vestidas en su vida. Un disfraz, se dijo el primer día cuando se vio en el espejo del vestuario, con su mono de estreno y su casco sin una mota de polvo, me han disfrazado de albañil, para que cuando salga ahí todos digan mira, ahí viene el albañil.

En fin, vamos a ello. Se acerca al tablero sobre caballetes donde están colocadas las herramientas, todas limpias y alineadas: paletas de varios tamaños, mazas, cinceles, cortafríos, llanas y espátulas, un nivel de burbuja, varias plomadas, todo reluciente y dispuesto como un muestrario de almacén de bricolaje. Así las encontró el primer día, y así las deja al terminar la jornada, las limpia y las vuelve a colocar como estaban, sin que nadie se lo haya pedido, contra su costumbre de años de dejar las herramientas de cualquier manera al acabar, todo apilado en un capazo o tirado junto a la última pared levantada. Pero así las encontró el primer día, cuando la sensación de estar disfrazado se multiplicó al sentirse como un niño ante su juego de construcción, todo recién comprado, colocado, y a ambos lados de la mesa un surtido de palas,

cubos, capazos, sacos de cemento amontonados, palés de ladrillos cubiertos con el envoltorio de fábrica, un par de artesas de diferentes volúmenes, y unas cuantas herramientas y materiales cuya presencia no entendía, pues no las necesitaba: una escalera, un andamio de doble piso con ruedas, una hormigonera amarilla, una carretilla, dos torres de cajas de azulejos, sacos de yeso y de escayola. Al principio pensaba que si estaban ahí era porque algún día las tendría que usar, que le pedirían hacer otra cosa, construir algo más complejo, pero según fueron pasando los días se convenció de lo contrario, nunca las necesitaría, están ahí por ignorancia, porque las compró alguien que nunca puso un ladrillo ni vio ponerlo, o peor aún: están ahí de adorno, para crear ambiente, un decorado a la medida de su disfraz, esto es un albañil, esto es una obra.

En fin, vamos a ello. Coge lo necesario y se arrodilla sobre el piso para empezar las mediciones. No las necesita, sería capaz de levantar la pared a ojo, sin poner ni siquiera una regla ni un solo cordel y no se desviaría un centímetro, pero forma parte del acuerdo, hay que medir antes, hacerlo todo como si fuera la primera vez, así que hace varias marcas en el terreno, calcula de nuevo, corrige, dibuja una cruz aquí, otra allí, traza una línea recta entre ambas. Por fin, clava las dos reglas maestras, separadas entre sí por la distancia convenida, y echa mano de la plomada para asegurar la vertical. No la necesita, ni tampoco el nivel de burbuja que también emplea, podría hacerlo con los ojos cerrados, pero si ellos lo quieren así no será él quien les lleve la contraria, más se entretiene, más rápida se le pasa la mañana, y al volverse para coger el nivel del suelo mira de nuevo hacia la oscuridad tras los focos, sin ver nada. Una vez fijada la vertical, saca del bolsillo el metro y el lápiz y va midiendo y marcando la

regla de abajo hacia arriba, o más bien haciendo como que mide y marca, pues la madera conserva las señales que son válidas desde el primer día. Después se incorpora y se acerca a la mesa para tomar la bobina del cordel, con el que fija la guía para la primera hilera atándolo en horizontal a pocos centímetros del suelo. Vuelve a la mesa y agarra un punzón y una maza, se acuclilla y pica el suelo siguiendo la línea dibujada, pequeños golpes para dar algo de rugosidad a la superficie y que así agarre bien la obra, pequeños porque no hacen apenas falta, pues el piso está ya muy machacado tras haber soportado tantas paredes. Al llegar al otro extremo, pica al pie de la regla y al terminar suelta el punzón y la maza, que caen al suelo con estruendo. Tiene un primer impulso de devolverlos a la mesa y colocarlos en su sitio, pasarles un trapo y dejarlos otra vez relucientes junto a las otras herramientas, pero esta vez no lo hace y los deja donde cayeron. Se incorpora, y en ese momento la rutina le mueve la mano hacia el bolsillo de la camisa buscando el paquete de tabaco, el gesto repetido de tantos años, el cigarrito al terminar una tarea y antes de pasar a la siguiente, pero aquí no, no se puede fumar, o eso parece, tampoco lo ha preguntado ni se lo ha dicho nadie, y aunque alguna vez le parece que alrededor de los focos se condensa algo parecido a humo, da por hecho que en un recinto cerrado como éste no se puede, así que espera a la pausa del bocadillo para salir a la calle, tampoco se sentiría cómodo fumando como no se siente cómodo sin hacer nada, parado, sentado o de pie, aunque no tenga prisa en terminar el trabajo pues ya sabe lo que viene después.

Y ahora, señores, vamos a preparar la mezcla, dice en voz baja, se llama mezcla aunque también se le puede llamar mortero, o cemento a secas, murmura como si tuviera-

ra un micrófono enganchado a la solapa del mono y retransmitiese su trabajo, sólo me faltaba eso, se sonríe. Coloca una artesa en el suelo y acerca un par de sacos de arena y otro de cemento; coge una pala, un cubo, desenrolla la manguera, y en el momento en que empieza a repartir la arena percibe un destello, aunque no sabría decir si es un flash fotográfico o un simple parpadeo de algún foco. Tras la arena echa la medida de cemento, y con la pala va llevando de un lado a otro los dos componentes, una vez hacia acá, otra hacia allá, y una tercera de vuelta, los tres golpes que le enseñó su tío el primer verano que estuvo con él en los albañiles: nunca des menos de tres que no se mezclará bien, chaval, pero tampoco más de tres que no hace falta cansarse tan pronto.

Abre el grifo y llena un par de cubos de agua, y aprovecha la manguera para empapar un poco el suelo entre las dos reglas. Después quita el precinto a un palé de ladrillos y los va cogiendo de cuatro en cuatro, los mete y saca en uno de los cubos, y una vez mojados los va amontonando entre la artesa y las reglas. Cuando ya tiene bastantes, vuelve a la mezcla. Con la pala amontona la arena y el cemento hasta levantar un cerro, y en su cumbre abre un cráter que va ensanchando con la pala, despacio, con dedicación y sobre todo sin prisa, no hay ninguna prisa, aquí no hay destajo, tiene que levantar un número mínimo de paredes cada día pero es un objetivo asequible, mejor no correr tanto no sea que vean que va sobrado y le pidan más, así que será mejor que eche un par de minutos en hacer un volcán bonito, un redondel casi perfecto. Con el cubo va echando agua en el hueco, primero un poco, deja que se absorba y luego echa más, así hasta medio balde y luego lo suelta y recupera la pala, con la que rebaña la mezcla de arena y cemento que rodea el cráter y la mete

dentro del mismo, removiéndola con el agua. Varias veces cambia la herramienta por el cubo, que rellena con la manguera, hasta que la consistencia terrosa del montón va convirtiéndose en un barro gris, una pasta que espesa o diluye con un movimiento de pala o un poco más de agua, con parsimonia de panadero hasta lograr la masa deseada. Listo, dice ahora en voz alta, en su punto, y al hablar su voz resuena más de lo esperado, el techo está muy arriba, las paredes lejos y su voz se ha amplificado como si en efecto tuviera el micrófono con que retransmitir la faena.

Con la manguera moja un poco más el suelo y riega los ladrillos que han podido perder humedad. Coge un capazo, lo salpica de agua, y pala en mano lo llena de mezcla. Lo coloca junto al montón de ladrillos, y toma de la mesa una paleta, que elige entre varias, pues el repertorio es amplio, curvadas, en punta, cuadradas, grandes, pequeñas; las mira, coge una y le pasa el dedo por el filo como si escogiera un bisturí afilado, la suelta y toma otra que valora al peso, hace un gesto con ella que parece más de tenista que de albañil, demora la elección unos segundos como una coquetería de quien se sabe observado y cree despertar alguna expectación con sus actos. Por fin se queda con una, que en realidad es la misma que cada día utiliza y que al final de la jornada raspa hasta dejar brillante. Herramienta en mano se arrodilla junto al capazo, toma una porción de mezcla a modo de cucharada, y la reparte por el suelo junto a una de las reglas verticales, coloca una cantidad generosa siguiendo la línea bajo el cordel, un camino grisáceo que va de una regla a la otra. Corrige la trazada rebañando el engrudo que chorrea hacia los lados, y por fin agarra el primer ladrillo. Al aproximarlo siente otro destello, y esta vez está seguro de que era un flash, ya que es uno de los momentos que más parece gustar, cuan-

do la pared empieza de verdad a levantarse, así que ralentiza el movimiento de colocar el ladrillo en su sitio como dando tiempo a que los distraídos enciendan la cámara y operen el *zoom* para captar el detalle. En efecto, ese primer ladrillo merece atención, también la suya, pues es el que va a garantizar que todos los demás estén bien alineados, que la pared no se tuerza según vaya creciendo. Lo posa sobre la mezcla, pegado a la regla vertical, lo deja con suavidad, y es el propio peso del ladrillo el que hace que la trinchera de cemento pierda unos milímetros de espesor y se ensanche ligeramente bajo su peso. Con la palma de la mano lo aprieta suavemente, corrige un pequeño desvío, y da unos golpecitos con el mango de la paleta hasta que la parte superior coincide exactamente con el cordel horizontal que marca la altura de la hilada. Es una acción que ha repetido miles de veces en su vida, que siempre hizo deprisa y sin tanta meticulosidad, pero ahora se recrea en ello, como dándose un homenaje tras tantos años de construcción rutinaria e ingrata, un homenaje a sí mismo pero también al ladrillo, el bendito ladrillo, como una vez lo llamó engolando la voz y abriendo los brazos en pose teatral, asomado a una séptima planta a medio tabicar, el bendito ladrillo, el humilde bloque de arcilla cocida que ha levantado palacios y catedrales, añadió aquella vez fingiendo exaltación para risa de sus compañeros que le aplaudieron y chiflaron. Luego en la furgoneta de vuelta a casa, animado por los dos cubatas con que había despedido la semana, mientras se adormecía apoyado en el cristal empañado se acordó del ladrillo, ya sin la guasa de un rato antes, el escaso reconocimiento que tiene pese a ser la base de nuestra civilización, se dijo con palabras que nunca usaría con los de la cuadrilla salvo para echarse unas risas. Pero aquel pensamiento le llevó, durante unos días, a que-

rer saber más sobre los ladrillos: recuperó de un altillo los apuntes que conservaba de un curso de albañilería que hizo cuando era adolescente, fue a la biblioteca y buscó en enciclopedias, y hasta tomó notas en un cuaderno, contento de haber encontrado un lado intelectual a un trabajo tan corporal y tan poco cerebral como el suyo, le fastidiaba que la gente creyese el tópico y los viese como unos brutos que estaban todo el día hablando de fútbol o echando piropos a las mujeres cuando pasaban junto a la obra. Le impresionó saber que los sumerios secaban al sol mesopotámico los mismos ladrillos que miles de años después seguimos alineando para levantar nuestras ciudades, incluso visitó el museo arqueológico con su novia sólo por enseñarle un ladrillo antiguo. Se leyó un par de libros más técnicos que le facilitó un encargado de obra, y así averiguó todo sobre su fabricación, el tipo de arcilla, la manera en que se procesa hasta el secado final; todo aquello que hasta entonces sabía por la práctica diaria de colocarlos, y cuyo estudio no le serviría para cobrar más ni para obtener un puesto mejor en la cuadrilla, pero le hacía sentir bien, incluso presumía con los compañeros comentando los tipos de ladrillo, sus medidas, los distintos aparejos en que podían trabarse en un muro hasta que le pedían que se callase, que era un pesado, y que se fuese a un concurso de la tele. Empezó también a fijarse más en los materiales que usaba en las obras por las que iba pasando, de qué calidad eran, dónde estaban fabricados; hasta llegó a encontrar belleza en uno de ellos: un día comentó que le parecía bello un ladrillo caravista con un esmalte azulado que veía por primera vez; no dijo bonito ni chulo; dijo bello, qué ladrillo tan bello, y los dos chavales que estaban levantando la planta con él se rieron, mira lo que dice, que el ladrillo es bello, tú lo has oído, que el ladrillo es bello,

repetían aflautando la voz, éste se ha vuelto gilipollas o es marica, ten cuidado no le des la espalda; momento en que se dijo que ya estaba bien, que a dónde iba con tanta tontería sobre los ladrillos, y se olvidó de sus cuadernos y sus lecturas y se enojó consigo mismo por haberse engañado con una estupidez así para dignificar una rutina que, desprovista de inquietudes históricas y conocimientos técnicos, volvía a parecerle tan animal como siempre.

Un corro de murmullos indica que más allá de los focos cunde la impaciencia ante el hombre que lleva más tiempo del habitual con la mano posada sobre la arcilla, como si estuviera tomándole la temperatura en la frente, distraído, olvidado de continuar la hilada, qué pasará por la cabeza de un albañil cuando se queda con la vista perdida y la mano sobre un ladrillo durante varios segundos. Toma por fin otro, lo vuelve hacia arriba como enseñando la barriga de una tortuga, unta en las testas una porción de mezcla, moviendo la paleta a izquierda y derecha tal que si extendiese mantequilla, y lo coloca a continuación del primer ladrillo, pegado a él, repitiendo todos los gestos, la mano apoyada, los golpecitos con el mango para asentarlos. Rebaña el sobrante de cemento y pone una tercera pieza, momento en que se detiene, suelta la paleta y coge el nivel de burbuja. No lo necesita, tiene pericia suficiente para comprobar a ojo que están bien alineados, además se lo confirma el borde tocando el cordel que marca la altura, pero no piensa ahorrarse ningún paso, ha acabado por encontrarle el lado divertido a tanta meticulosidad, no otra cosa ha hecho en su vida que repetir mecánicamente los mismos movimientos, pero la experiencia y la presión del destajo habían ido reduciendo su repertorio al mínimo, y ahora tiene tiempo, todo el tiempo del mundo para hacer las cosas paso a paso, como

le enseñaron en aquel curso que hizo con dieciséis años y donde un profesor sin callos en las manos le complicó todo aquello que había aprendido en un par de tardes con la cuadrilla de su tío, añadiéndole cálculos, mediciones, comprobaciones, secuencias que lo hacían todo más lento y que eran incompatibles con el ritmo de trabajo de cualquier obra, pronto lo comprobó. Ahora aquí se siente alumno, aprendiz, haciendo las cosas paso a paso, despacito y buena letra, o mejor aún: se ve como un profesor, por qué no, qué otra cosa está haciendo que enseñando cómo se levanta una pared, cómo se prepara la mezcla, cómo suben las hiladas, por si alguien quiere aprender para luego hacer alguna reforma en casa.

Ladrillo a ladrillo alcanza el final de la primera fila, que está medida para que encaje exactamente una docena de piezas colocadas a soga sin que falte ni sobre. Coge entonces el cordel, lo desata de la regla y lo sube hasta la siguiente marca. Vuelta a empezar: moja unos pocos ladrillos más en el cubo, incluidas las mitades que ajustará en los extremos según el aparejo previsto; remueve la mezcla añadiendo agua, revisa con el nivel los ya colocados, y se arrodilla para iniciar la segunda hilada. Ahora hay que poner mezcla por toda la tabla inferior de cada nueva pieza, y situarla con cuidado de que no quede torcida respecto a la de debajo. Aunque de vez en cuando consulta el nivel, todo se vuelve ya más repetitivo, mano al ladrillo, paleta al capazo, pegote de mezcla en la tabla y en ambas testas, se coloca sobre el ya fijado, unos golpecitos de mango para que quede a ras del cordel, y vuelta a empezar: ladrillo, paleta, capazo, mezcla y colocar. Le sorprende que a estas alturas todavía pueda haber alguien mirándole, asume que ya se habrán ido o estarán mirando a otros que han ido incorporándose, quizás al mecáni-

co, que un motor tiene más enredos que una pared, levantar un tabique es todo el tiempo igual, mientras que un coche es otra historia, con tanta pieza curiosa. Alguna mañana él mismo se distrae viéndolo, da un rato la espalda a los reflectores y así puede verlo mientras coloca ladrillos, una forma de pasar las horas ya que a partir de la segunda hilada no hay mucho misterio, todo es más de lo mismo, y si al que mira le resulta tedioso no digamos a él, que lleva toda su vida repitiéndolo, por eso necesita otras distracciones, hablar con los compañeros de cuadrilla, cambiar un rato de actividad y ponerse a encofrar o a solar en otra planta, cantar algo; pero aquí no hay más albañil que él, ni puede hacer otra cosa que levantar esta pared, y le da vergüenza cantar por si le oyen, así que siempre acaba pensando cualquier cosa para distraerse. Pensamientos enladrillados los llama él, los ha tenido siempre, desde que empezó a ir por las obras, cuando lo dejaban solo toda una mañana con los tabiques de una planta, incluso si era algo más entretenido, un revoque o un alicatado, él se perdía en los pensamientos enladrillados. Por ejemplo echar la cuenta, intentar calcular los ladrillos que había puesto en su vida; contaba los que podía colocar en una jornada cualquiera y los multiplicaba por seis días de la semana, cincuenta semanas por año, y luego por tantos años como llevara trabajando hasta ese momento, y le salía una cantidad tan grande que no se hacía a la idea, era mucho pero no sabía cuánto mucho, así que dividía por el número de ladrillos que trae un palé de fábrica para imaginarse todos los palés amontonados, o los agrupaba en paredes de medida fija y pensaba hasta dónde llegaría un muro de tantos kilómetros, o cuántas plantas tendría un edificio armado con tantas piezas; en pensamientos así de enladrillados se le pasaba una hora y

otra, y cuando se daba cuenta ya le estaban silbando para volver a casa en la furgoneta: enladrillao, le decían, que otra vez se te ha ido la cabeza con los pensamientos esos tuyos, cualquier día te vas a caer de ahí arriba por tener la cabeza en las nubes, y encima otra vez hay que esperarte, a la próxima te jodes y te buscas la vida para volver a casa, date prisa. Otras veces sus pensamientos, siendo también enladrillados, tomaban algo más de vuelo, y por ejemplo en vez de sumar y multiplicar le daba por imaginarse a sí mismo como un ladrillo, él y sus compañeros de cuadrilla, todos los trabajadores de aquella obra como piezas del mismo palé, y reflexionaba sobre si todos los hombres eran igual de ladrillos o si había algunos que sostenían y otros que adornaban, unos que daban solidez a los pilares y otros que actuaban de caravistas, hasta que sonaba el claxon, te lo dijimos, enladrillao, hoy te coges el autobús que no te esperamos.

Con pensamientos así alcanza la última hilada, veinte centímetros por encima de su cabeza, donde acaba la pared según la señal más alta marcada en la regla. Empieza esa última fila despacio, deteniéndose algo más en cada pieza colocada, como si le diese pereza terminar, pero al tercer ladrillo decide lo contrario, que quiere acabar ya, que le vendrá bien la pausa y luego ya pensará otra cosa para distraerse en la próxima pared, además tiene sed y un poco de hambre, así que coloca el cuarto ladrillo con un par de movimientos veloces, y luego el quinto, está a punto de echar de una vez toda la mezcla por encima de la penúltima hilada pero prefiere respetar el proceso, aunque eso sí, a una velocidad que sorprenderá a quien le esté observando si es que queda alguien interesado, la misma velocidad a la que tantas veces levantó metros de pared cuando el pago dependía de lo trabajado, o la velocidad

con la que junto a su cuadrilla ganó un año el concurso de albañilería de su pueblo.

Llega el último ladrillo, el que culmina la hilada y cierra la pared, y al tomarlo del suelo aumentan los murmullos, como si se avisasen unos a otros para estar atentos ante el instante culminante. En el momento de colocarlo hay un amago de aplauso frenado por los chistidos de los veteranos, que saben que todavía no, que falta el fin de fiesta. Se demora en ese último ladrillo, en ajustarlo y rebañarlo por los lados, para acrecentar la impaciencia de quienes esperan el siguiente movimiento, y sólo por fastidiar se entretiene en recogerlo todo antes de culminar, así que vacía el capazo en la artesa, le pega un manguerazo y limpia también la paleta, raspando con una espátula bajo el chorro y frotando con un trapo; luego echa el resto de mezcla en uno de los sacos vacíos de cemento, y pierde un par de minutos en fregar la artesa a golpe de manguera y rascando el fondo con la pala. Sólo cuando ha dejado todo bien limpio, las herramientas colocadas en su sitio sobre el tablero, los ladrillos sobrantes devueltos al palé, los cubos apilados, la pala alineada con las otras palas, la artesa de pie apoyada en la hormigoneira para que se escurra el agua; sólo entonces toma la maza de mango largo, y ahora sí el murmullo sube de volumen y puede entender algunas frases sueltas, atentos que ya va, llegó el momento, no te lo pierdas, ya verás qué bueno. Levanta la maza, la sopesa con las dos manos, como quien valora una espada para un duelo, sintiéndose importante, heroico, todos pendientes del guerrero ante su combate final, y se gira para enfrentar la pared, con la maza floja en las manos. Adelanta unos pasos hasta quedar a dos pasos del tabique, se coloca con las piernas un poco separadas, mira hacia su derecha, arruga los

ojos por los focos, resopla, teatral en sus gestos, regalándose el final de la función. Adelanta la mano izquierda, la apoya en la pared, acaricia los ladrillos y sonríe, le tienta dar un empujón, sería suficiente para derrumbarla puesto que el cemento no está seco y no tiene ninguna solidez, pero defraudaría a quienes esperan el mazazo y además incumpliría lo estipulado en el contrato, que para unas cosas es muy elusivo pero para otras detalla hasta lo más nimio, así que retrasa un poco la pierna derecha, gira el torso hacia el mismo lado, agarra la maza con firmeza, se balancea hacia atrás para tomar impulso y descarga un golpe, no con todas sus fuerzas sino con algo de contención, la pared no necesita tanto impacto y podrían salir disparados algunos escombros y darle a alguien. Con sólo un golpe tumba casi todo el tabique de la mitad hacia arriba, quedan algunos ladrillos en los extremos pero el resto ha caído al otro lado, la mezcla que por fresca no ha servido para oponer resistencia a la maza sí sirve para que los ladrillos golpeados arrastren a otros de su hilada y caigan juntos, provocando un estruendo cerámico que es mayor que el ruido del propio golpe de maza, y que se solapa con los mandobles que lanza al resto de la pared, dos, tres, cuatro y cinco barridos de maza con los que tumba hasta las reglas laterales, y no queda nada en pie. Es entonces, cuando baja la herramienta y se tapa la boca para no tragar el polvo de arcilla y cemento que ha quedado suspendido, es entonces cuando estalla el aplauso.

Tiene otra vez el impulso de saludar, girarse y levantar la maza sobre su cabeza como hace el piragüista con el remo tras ganar la regata, o doblarse con una reverencia para agradecer el reconocimiento, pero no lo hace. Si no saludó al llegar, por qué iba a hacerlo ahora.